

UNA NUEVA HUMANIZACIÓN: UNA HUMANIZACIÓN SOLIDARIA

Paulo PARRA

En *L'énergie humaine*, Pierre Teillard de Chardin, con precisión, escribía:

Al igual que cualquiera siento la gravedad del momento presente para la humanidad y me siento el menos inspirado de todos para predecir el porvenir. Y, sin embargo, un instinto, desarrollado en contacto con el gran pasado de la vida, me dice que la salvación para nosotros se halla en la misma dirección del peligro que tanto nos aterroriza. Si en verdad (tal como parece), la unificación social de la Tierra es el estado hacia el cual nos arrastra la evolución, esta transformación no podría producirse contra el resultado más claramente obtenido por esta misma evolución a lo largo de los años: el aumento de las conciencias y de las libertades individuales. Al igual que toda otra unión, la colectivización de la Tierra, bien efectuada, debe infundirnos un alma común.

Es obvio que no creemos en el porvenir como una simple evolución lineal. En el camino se producirán nuevas rupturas; pero a continuación, y a través de las correcciones necesarias, se volverá al camino, como el viandante que contempla cada día con una esperanza renovada.

Esta etapa de la historia que ve a la economía como utilización de la plusvalía, esto es, de la excedencia respecto del valor originario, y como acumulación, esta etapa donde el propio consumo individual no es sino un momento de la producción y de la reproducción del capital, está agonizando o en proceso de cambio.

Esta sociedad, nacida de la violencia, se nutre de violencia. En el interior de los grandes países capitalistas se observa siempre una región atrasada y explotada. Cada uno tiene su propio "sur". El así denominado "Tercer Mundo" tiene sus "protectores" y sus "usurpadores".

En nombre de la defensa de la civilización muchas son las dictaduras que se han instituido. Pero en su base siempre es demostrable

un sustrato económico: la defensa de intereses materiales de la clase dominante o el mantenimiento de la función de suministradores de materias primas y de proletariado externo, o incluso la explotación más aguda del trabajo humano.

Además, las multinacionales o, mejor dicho, las transnacionales, han alterado el rostro del capitalismo. El poder económico y el poder político tienen a menudo su propia sede en el exterior de los países en los que son ejercidos y se orientan hacia una estrategia totalitaria. La transnacional ha ampliado el concepto de clase dominante y ha ampliado la definición de privilegio. Superpoder sin patria subyuga a pueblos y Estados. Dirige la dinámica de la paz y de la guerra, valoriza y desvaloriza mercados, crea, destruye y crea monedas.

No obstante, a nuestro juicio, la transnacional lleva en su desarrollo y en su expansión el germen de su muerte. El gigantismo se revela con frecuencia como una debilidad.

Cualquiera que sea el razonamiento, el precio a pagar siempre será el ser humano. El ser humano como pueblo y el ser humano como clase, el ser humano como persona.

Habitados hoy, y como simple comparación, a vivir en el aire viciado de las crisis, resulta difícil concebir la vida en el aire renovado de una sociedad más ecuaníme y más humana. Allí donde los bienes materiales han sido acumulados y abundan, se convierten en una manera de envilecimiento del hombre, mientras que en muchas economías las masas de la población no llegan a gozar del mínimo necesario animal para vivir.

La carrera por poseer, ser propietario, dominar, dirigir, ha desnaturalizado al ser humano. La sociedad occidental se halla en una profunda crisis. Cada cual se ha transformado en un señor absoluto, en autócrata desmesurado. La sociedad capitalista ha erigido como su base elemental un contrato social, en el que aparentemente las partes son libres: una, libre de comprar la fuerza de trabajo; la otra, "libre" de venderla. La libertad de la segunda es una utopía; mejor dicho, una *fictio iuris* . Ella no tiene otro bien que ofrecer. La fuerza de trabajo se convierte en una mercancía. Y para vivir ella está obligada a transferir su única riqueza: la mercancía fuerza de trabajo, que se confunde, en realidad, con su ser personal.

Pero, en este nuestro mundo, en este mundo de hoy, en el mundo que estamos inseridos, en que estamos viviendo, nos parece importante llevar a cabo dos "aperturas" teóricas que debieran servir para una reapropiación de espacios de elaboración y de acción que han sido olvidados.

La primera de ellas se refiere al problema de las diferencias existentes en las posibilidades materiales entre país y país, entre pueblo y pueblo, a nivel planetario.

A este nivel, se juegan los problemas más graves hoy existentes tanto desde el punto de vista económico como del social: el del hambre, el de las posibilidades de instrucción y de educación disponibles para todos, el de la participación igualitaria en el progreso técnico y científico, etcétera.

Toda la temática de la división de nuestro globo, entre países desarrollados y países que nunca se desarrollarán en las condiciones actuales, constituye, en nuestra opinión, la primera "reapropiación" teórica y cultural a ejercer frente al conjunto de intervenciones y tomas de posición.

Podemos llamarla de modos distintos, según las escuelas de pensamiento: intercambio desigual, desarrollo desigual, saqueo del Tercer Mundo, hasta el término más general y totalizador de imperialismo o de neocolonialismo. Se trata, en todo caso, del primer grave escollo que debe tener en cuenta cualquier intento de imaginar una solución al momento actual.

En otras palabras, nos parece que no sólo es injusto, sino irreal y suicida pensar en "nuevos modelos de desarrollo" en el plano local y regional sin tener en cuenta las dimensiones mundiales del problema.

Cada liberación parcial se vuelve contra sí misma. Toda pretensión de dominar la propia crisis "exportándola" (que no de otra cosa se trata), encontrará dificultades crecientes en el plano inmediato, debido a la resistencia y la conciencia sensible de los pueblos del Tercer Mundo, del proletariado de estos países y del "proletariado externo" que proviene de allí para trabajar en los países del corazón de Europa. Y encontrará obstáculos todavía más fuertes a largo plazo: debido a la alienación congénita a todo "bienestar" basado en el olvido, en el malestar de los otros, en la "desigualdad organizada" o, para decirlo con Mounier, en el "desorden establecido". Tampoco hay que excluir, en efecto, la posibilidad de que la próxima fase de restablecimiento de la economía mundial, así como de las relaciones políticas sociales que le son connaturales, sea la edad de la eliminación total de los mecanismos fundamentales de la desigualdad entre país y país, entre los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Nos interesa analizar un segundo punto; un punto que se refiere más de cerca a los países mayormente desarrollados, aunque afecte por sus implicaciones también a los otros.

Se trata del significado que debemos dar a la palabra “desarrollo”. No es este simplemente un problema “ecológico” o la consideración de un ámbito como aquél que el MIT pretendió indicarnos hace algunos años, al hablarnos de “crecimiento cero”.

El problema es más vasto y tiene, por decirlo así, dos raíces. La primera de ellas es la consideración —demostrable estadísticamente— de que el desarrollo, tal como lo hemos conocido (Europa, América del Norte, Japón), se está revelando como un *mito*, vale decir, como un acontecimiento irrealizable para la sociedad humana en su conjunto. La categoría básica sobre la que se han estado construyendo las relaciones internacionales, desde hace al menos tres o cuatro siglos hasta ahora, se revela como no universal, sino parcial y “partidaria”: propia de una casta de privilegiados y no de todos los hombres. Es esta una percepción que ciertamente tendrá consecuencias revolucionarias, tanto a nivel de los países imperialistas como al de los países subdesarrollados y dependientes.

En los primeros, todo el andamiaje ideológico y superestructural debe ser cuestionado: no ya sólo la bondad, sino la posibilidad misma de un consumismo generalizado y duradero; la capacidad resolutoria de un infinito sucederse de necesidades cada vez más complejas y anti-naturales, inducidas. Después de una primera embriaguez, la alienación de fondo en la condición humana y social resurge tal como era; es decir, no eliminada ni vencida por los instrumentos integrados e integradores del consumismo y de la sociedad de la opulencia.

A nivel de los países subdesarrollados, por su parte, surge una problemática asimismo interesante. Si el desarrollo es para ellos un “mito”, salvo para una pequeña casta de clases (o castas) privilegiadas asociadas, o directamente al servicio del imperialismo, entonces también sus reivindicaciones deben reformularse radicalmente.

La exigencia *justa* y necesaria de un “nuevo orden económico internacional” se debe saber detallar. No es (no puede ser) la reivindicación de la generalización del *american way of life*. ¿Qué, entonces? Una respuesta inmediata: que sea clara, porque es esperada por muchos, no sólo en el Tercer Mundo —donde debido a la historia que ha conocido y las privaciones en las que ha estado confinado se comprende mucho mejor el significado humano y colectivo de un desarrollo basado en opciones cualitativas, en privilegiar al ser humano y la comunidad y no en el privilegio cuantitativo y consumista—, sino también entre nosotros, en los países desarrollados, en los países en los que el *mito* del desarrollo ha tenido tiempo y ocasión para ejercerse completamente.

¿Se trata de un ir contra la corriente? Sí; pero no sólo de eso. Cada día que pasa, la ocasión para tomar esta actitud, para llevar a cabo esa "reapropiación", se hace más difícil; el universo de las transnacionales y su lógica homogeniza consigo mismo a todo el mundo: tanto al desarrollado como al que —justamente— se halla en busca de cualquier forma de desarrollo. Así como el colonialismo usó el poder tradicional tribal para imponerse a pueblos y costumbres extraños, así hoy la lógica del beneficio *mundial* aplica los deseos sinceramente nacionales, locales, las aspiraciones desarrollistas, los intentos de industrialización, etcétera.

Por esto resulta urgente que esta conciencia se convierta, pronto y de modo amplio, en solidaridad, intercambio de opiniones y enriquecimiento con base en las experiencias, tanto las positivas como las que han demostrado su límite. Con instrumentos de distinto tipo: desde la amistad y la ayuda recíproca, sencilla, humana, hasta la colaboración en determinadas iniciativas, el intercambio y la información de tipo económico, político y la elaboración teórica común de modelos y alternativas nuevos. Es un espacio de trabajo que nos parece puede ser potenciado nuevamente hoy.

Aquí está toda nuestra responsabilidad, individual y colectiva. La solidaridad de que hablamos es la consecuencia, el calificativo de un humanismo. Pero, de inicio, debemos hacer tres distinciones:

1. La jerarquía de los bienes: el bien individual, el bien del grupo, el bien general, el bien común;
2. La solidaridad: acción de co-dividir, una marcha en adelante, una co-propiedad, un *jus possidetis* en comunión, sin destruir la individualidad, partiendo de la persona para llegar a la persona;
3. El mandamiento: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". La más pequeña cantidad de amor entre ti y el próximo es el amor, el amor entre el tú y el yo. Esto, todavía, no es más que el mínimo.

En nuestra relación con el próximo, en la medida en que ese mínimo —ese mínimo bíblico— en la economía del yo, continúe y se desarrolle, el yo se transforma en nosotros y en esa progresión, como existe en el individuo que vive la persona, de la misma manera existe en la persona que vive el solidario y es en el solidario donde se vive la salvación, grado superior del vivir.

Tenemos que hacer igualmente otra rápida reflexión. Y esta es respecto al "nosotros". El "nosotros" tiene también un carácter restrictivo. Él evita la hipertrofia del "yo" y se autolimita anulando toda la forma anómala del propio "nosotros". ¿Qué cosa queremos decir con todo eso? No es un juego de palabras.

Para contestar, es necesario separar, aunque en nuestro pensamiento formen una totalidad, el yo y el nosotros.

A. La tendencia del yo abandonado a sí mismo es el absolutismo y la anarquía. En el tejido social, este "yo" traba una lucha feroz para sobrevivir, para defenderse, para dominar, para vencer a los demás "yo" que tienen también un idéntico comportamiento. La teoría de la concurrencia es análoga a la de la selección natural. Será el más fuerte aquel que sobreviva o venza. Ora, para ser el más fuerte tiene que ser superior a los otros todos. En este momento encontramos la falsedad del concepto de vida como lucha constante e ininterrumpida, repleta de combates y batallas para terminar (una ironía a más, una "contradicción antagónica") en la muerte. La vida, así considerada, es un vacío, algo sin significado, una inutilidad, una locura. Vivir por qué y para qué. Para morir. Conclusión, para ser inteligente se debe aprovechar el máximo y al máximo y hacer "tabula rasa" de todo y de todos. Estamos aquí en pleno pesimismo y bajo la dictadura del individuo.

Imaginemos ahora este raciocinio lógicamente aplicado, sin mucho esfuerzo, a los grupos, a las familias, a los partidos políticos, a los países, a las naciones. Esta línea de acción evidentemente no puede obedecer o aceptar una ley, excepción aquella de la fuerza. En consecuencia, absolutista, oportunista y anárquica.

B. El nosotros. El nosotros como simple colectivo, después de haber encontrado una uniformidad de deseos, de necesidades naturales o artificiales, de ambiciones generales de los miembros (los "yo") integrantes, todo eso transformado en bien de grupo, se juega a la lucha por una supremacía incontestable sobre los otros "nosotros" y sobre todos los "yo" que no componen el *nuestro* nosotros. La identidad se reduce a pertenecer o no a ese "nosotros". Y podemos decir que pensar en esos términos en materia de paz es o una ilusión o una inmensa mentira. Pensamos que la realidad que vivimos actualmente lo prueba a saciedad. Mas, para aumentar el poder de ese tipo común de "nosotros" existe una estrategia de alienación. La propaganda y la publicidad alterarán el contenido del *bon senso*, ya se trate de individuos o de grupos (colectividades), porque la estructura transmitida por este cuadro de *mass media* es artificial y constituye en su más alto nivel el grado de poder al cual se ha llegado por el control de las conciencias. Así, negando los presupuestos, las condiciones esenciales entre el sujeto que conoce el objeto a conocer, en el diálogo del conocimiento, se llega a una calculada "robotización". Si se recibe solamente el orden, el deseo, la necesidad, sin ningún análisis, filtrados,

transformados de acuerdo con los objetivos del poder, la decisión individual o colectiva o será falsa o dirigida, pero jamás libre. La libertad es nada más que una quimera, un sueño. El poder de los grupos dominantes se concentra hoy día en el control de las conciencias, llegando a convencer a las masas populares de que la verdadera libertad es la presentada por el mismo poder sin ninguna posibilidad de verificación. Repetimos, en el diálogo del conocer, fue suprimido el análisis. Los datos psicológicos fueron cancelados o, por lo menos, cambiados.

En el humanismo destacamos, como elemento específico, la solidaridad. En pocas palabras, ¿qué queremos decir con esto? Respondemos. El “nosotros” es toda la humanidad. El ser humano es, no importa qué ser humano en cualquier parte del mundo. El ser humano —el yo— vive en la humanidad. Es la salvación, sin distinción de conceptos. Es la comunidad, pura simplemente. Y para concluir, abandonemos la antigua visión del *dar*, influida y traicionada por el poder, según sus intereses, para que podamos caminar, marchar juntos, vivir en común, para participar, partillar, condivider, para no morir, es indiferente el tipo de muerte, para no desaparecer, para ser *yo* y *nosotros*. En una palabra, para vivir, para vivir sin fin.